


El legado

SYBILLE BEDFORD

Traducción de Isabel Margelí

gatopardo ediciones 

Título original: *A Legacy*

© Sybille Bedford, 1999

First published in the UK by Weidenfeld & Nicholson in 1956

Reissued with an added introduction by Penguin Books in 1999

© de la traducción: Isabel Margelí, 2016

© de esta edición Gatopardo ediciones, 2016

Rambla de Catalunya, 131, 1^º-1^ª

08008 Barcelona (España)

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: noviembre 2016

Diseño de la colección y de la cubierta:

Rosa Lladó

Imagen de la cubierta: una de las salas del castillo de Karlsruhe.

Fotografía de Wilhelm Kratt

ISBN: 978-84-945100-4-5

Depósito legal: B-19154-2016

Impresión: Reinbook serveis gràfics S.L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A Evelyn Gendel

INTRODUCCIÓN

Empecé a escribir esta novela como un deber sagrado durante un caluroso agosto romano, en 1952. Había cumplido los cuarenta años y el deber sagrado no tenía nada que ver con la historia, que debía de llevar décadas arrinconada en mi cabeza, sino con el hecho de que Victor Gollancz hubiera aceptado el texto mecanografiado de un libro de viajes en el que estuve trabajando los dos últimos años, y con mi convencimiento de estar alcanzando al fin el tan glorificado *métier d'écrivain*. Escribir, ser escritora, fue mi auténtica aspiración desde que tuve uso de razón, que fue a una edad temprana. Mis aptitudes fueron más tardías. El balance de mi pasado literario se componía —además de algún que otro ensayo pretencioso— de tres novelas, cada una un poco menos decepcionante que la anterior, tal vez, y cada una rechazada (tras esperanzadoras vacilaciones por parte de las editoriales). Y cada rechazo iba seguido de otro año, o más, de dudas, desesperación y desidia. Con la misma ingenuidad consideré entonces el prometido salto a la imprenta —que, de hecho, no sucedió hasta la primavera siguiente— como un giro radical ya consumado: el telegrama GOLLANCZ ACCEPTE LIVRE (¿en francés como solución intermedia para las oficinas de correos inglesa e italiana?) me llegó mientras regaba, como todas las tardes, mis fragantes enredaderas en el terrado romano; me santigüé (por ritual más que por religión) y, como el caballo

Boxer de Rebelión en la granja, dije en voz alta: «Me esforzaré más», y le di una propina al mensajero. Ya era escritora.

Lo que hace un escritor es *escribir*. Se acabaron las dudas y la haraganería, por difícil que pudiera ser, y el cielo sabe que fue, es y será siempre muy difícil para mí. Así que...

Sin embargo, aún quedaban otras tareas antes de que la nueva conciencia permitiera enrollar esa hoja en blanco en el carrito de mi máquina de escribir. Tareas, precisamente, en papel: cartas por contestar, trabajo pospuesto, la gigantesca labor de escribir a Ivy Compton-Burnett... Yo admiraba profundamente su trabajo, y me había referido a él como «un secreto inglés» ante los editores de la *Partisan Review*, la publicación mensual neoyorquina, quienes me habían encargado un artículo con ese título y de la extensión que quisiera. Eso fue en 1947. El artículo fue considerado impropio, y no vio la luz. Sin embargo, cinco años más tarde, Ivy no era ya ningún secreto, ni siquiera en América: cualquier cosa que hubiera escrito sobre ella no le habría aportado gran cosa a su público. Aun así, el reconocimiento siempre es bienvenido (como podría haber dicho ella misma), de modo que, arrepentida, me senté un día canicular tras otro a escribirle: «Estimada señorita Compton-Burnett», con el fin de explicarle mi descuido y realizar un minucioso comentario sobre cada una de sus siete (¿o eran ya nueve entonces?) novelas publicadas. La carta tenía una extensión de treinta páginas. (Y resulta que la guardó: sus biógrafos han citado fragmentos.) Me había supuesto un tiempo que, por aquel entonces, no podía permitirme, pues parte de la penitencia estribaba en la renuncia a toda remuneración, algo que necesitaba desesperadamente. No tenía dinero, ni fuente de ingresos, procedieran o no del trabajo, salvo la generosidad de unas amistades fieles. Aquello no iba a durar demasiado (dejemos de lado si el aplazado adelanto de Gollancz fue suficiente). Llegó el día, a mediados de agosto, en que terminé mi tarea. Metí la carta en un sobre con un franqueo considerable y, durante un paseo nocturno, la introduje en las indiferentes fauces

de la Posta Centrale. No guardé ninguna copia: era parte del trato. Ya era libre.

Libre para escribir en serio. Había evocado, seleccionado y ordenado palabras, tecleándolas en la Remington portátil, reflexionado, recolocado y reescrito durante una respetable cantidad de horas diurnas, semana tras semana. Establecida una rutina, el siguiente paso era... *empezar*.

Mientras cuidaba de mi jardín (que había erigido con mis manos en el erial de un terrado, a base de baldosas, cuerdas y macetas de terracota y sacos de tierra y estiércol de cabra) o contemplaba la puesta de sol, observando cómo de improviso el cielo se llenaba de vencejos, con la primera copa de vino tinto, frío, de la Toscana en la mano, o paseando de noche y cruzando, sola, *piazzette* y calles de Roma, entusiasmada con la belleza y la gloria, revoloteaban en mi mente *Hermanos y hermanas*, *Hijas e hijos* y mordaces diálogos burnettianos; pero de pronto cesaron. Ahora iba por libre.

A la mañana siguiente escribí con fluidez los primeros párrafos de una novela sabiendo que iba a convertirse en eso. De pronto resurgieron, de algún recuerdo arrinconado, una estructura y, tal vez, un punto de vista. Tenía una época, un país, personajes... Sabía quiénes eran, dónde estaban y qué iba a ser de ellos. En cuanto a qué iban a hacer, lo ignoraba por el momento. Eso llegó despacio, gradualmente, iluminándose poco a poco en el interior del túnel... Oh, también me estancué a menudo y tracé lo que yo llamo una *fausse route*. Esto era lo que me esperaba (escribir el libro me llevó casi tres años). Pero, aquella mañana, la mayor parte surgió con claridad: la época era finales del siglo XIX y comienzos de XX; el país, Alemania; y los personajes, un triángulo de tres familias que, vinculadas de un modo algo desdichado por enlaces matrimoniales, diferían por completo en cuanto a costumbres, valores y religión. Estaban divididas por su ignorancia de la política o su afición a ella, por la geografía y el dinero. Todas tenían una percepción sesgada de su época y consideraban su postu-

ra la correcta, sin percatarse de que se las podía considerar (como hago yo ahora) miembros excéntricos, e incluso anacrónicos, de sus respectivos círculos. Una de esas familias pertenecía al estable y recio Berlín judío, la ciudad de la disciplina, la energía y los engaños del protestante Norte prusiano; las otras dos, a realidades discrepantes del Sur católico: una de ellas, amodorrada, agraria y con la mirada puesta en el pasado; la otra, obsesionada con los sueños ecuménicos de alcance europeo. Cada familia y los miembros que las integraban confiaban en conservar lo que les pertenecía, aunque, de hecho, eran títeres, víctimas a menudo de la recién unificada Alemania y de lo que se coció en ella entre 1870 y 1914, periodo en el que transcurre la novela. Buena parte de lo que se permitió que sucediera en esas décadas estaba mal planteado y fue cruel y malo (por expresarlo en términos sencillos); contenía, además, cierta chifladura típicamente alemana, carente de humor... ¿Sirvió de base para la enorme monstruosidad que vino después? ¿Nos dejaron algún legado los acontecimientos privados que aquí esbozo? Escribir sobre ellos me hizo pensar que sí lo dejaron; de ahí el título.

En ocasiones me han preguntado por mis fuentes, y debo responder que éstas no se basan en documentos ni en un conocimiento exhaustivo de la sociedad alemana y la época. Lo cierto es que no llevé a cabo ninguna investigación.

Nací en Alemania, pero la abandoné cuando era una niña (para siempre), por las circunstancias primero y luego por elección. Y hasta tal punto había cortado mi vínculo con mi país que no regresé hasta la década de 1960, salvo una breve visita en coche que hice con Aldous Huxley y su esposa en la primavera de 1932, es decir, unos ocho meses antes de que Hitler ascendiera al poder. Así pues, lo que sé, o creo saber, de los lugares y hombres y mujeres de esta historia procede de lo que vi y, sobre todo, de lo que oí de niña, cuando contaba entre tres y diez años de edad. Conseguí absorber buena parte de ese material, retenerlo

y moldearlo décadas después, bajo una mirada adulta. Lo demás es invención y conjeturas. Algunos personajes —especialmente el de Sarah y el conde Bernin— son invención mía. Del mismo modo, parte de lo que recopilé de niña ya lo había transformado mi imaginación y lo había convertido en el destilado de un pasado, que se manifestaba a través de rumores, medias verdades y relatos malévolos, así como de escenas idílicas y entrañables recuerdos. A mí me brindaron versiones rebajadas, a menudo en tono de censura, de advertencia o de reprobación..., creyendo que gran parte de ellas quedaban fuera del alcance de mi oído y comprensión. Hubo también numerosas charlas de sobremesa, que literalmente tuvieron lugar por encima de mi cabeza sumergida en un plato de sopa. Los que avivaban la conversación eran, cada cual a su modo, mi padre y mi madre, y, a su manera, criados, primos y asimilados, el reparto, en cierta medida, de mis tres familias de ficción. Eso me lleva a formularme otra pregunta bastante habitual: ¿cuánto de ese material es autobiográfico? ¿Cuánto ocurrió de verdad? En cierto modo una buena parte lo es, tanto por lo que respecta al ámbito privado como al público. En todo caso, ese legado no es mi historia, puesto que la mayor parte ocurrió antes de que yo naciera. La primera persona del singular, que empleé tal vez torpemente, se desvanece cual «gato de Cheshire» muy pronto.

Sí. Fui yo quien estuvo yendo y viniendo entre dos casas, una inalterable y cerrada y la otra no exenta de elegancia. Tuve un padre que tal vez era lo que yo supuse o le atribuí: un hombre educado para el placer y para vivir el lado soleado de la vida, que se vio atrapado, más de una vez, por los miedos y acontecimientos. No puedo saber si fue así, pues murió temprano. Y, ciertamente, tuve una madre que pudo ser, pero no fue, la *rara avis* de otro código y país que penetra en el relato como una flecha: el catalizador que embelesa y desvela, pretende curar, destruye y se retira, derrotado. Ella (Caroline), que guarda algunas similitudes con mi madre —belleza, una forma de hablar y principios mo-

rales, unidos al desdén por la moral de su época—, se le parece sólo en parte. Ésta tampoco es su historia. En cuanto a la faceta pública (llamémosla histórica) de la novela, sí: las escuelas infernales y el cuerpo de cadetes prusiano existieron; el trato que padeció el joven Johannes y muchos otros como él son una mínima parte de la pesadilla humana, omnipresente y reiterada... Y sí, hubo un escándalo familiar que derivó en escándalo político. Alguien recibió un tiro. Si bien mis burócratas y sacerdotes, militares necios y personajes grotescos no derivan exactamente de mis recuerdos de la infancia, creo que tampoco se alejan de la realidad. Y Alemania tuvo un káiser.

Ya basta: no es éste el lugar para repasar y analizar mi propio libro. En cualquier caso, las introducciones reveladoras es mejor leerlas al final. Se me ha pedido que cuente algo sobre dónde estuve y qué hice, y qué pensé mientras lo escribía. Vivir en Roma durante aquellos años (siete en total) fue un inmenso privilegio y, creo, mi mayor y más sólida experiencia visual. Por la mañana trabajaba en una habitación con los postigos cerrados, acarreando palabras de aquí para allá como piedras para un tramo de camino. Teníamos un piso alto en una de las callejuelas entre Piazza di Spagna y Piazza del Popolo: al abrir los postigos veías la fachada de color ocre de la Villa Medici y los árboles oscuros de los lejanos jardines Pincianos. En las tardes de verano nos encerrábamos a leer; en invierno, a la luz sesgada del sol, me ocupaba de nuestro terrado florecido. En la época de calor —de mediados de abril a noviembre, con suerte—, si no cenábamos con amigos en la calle, comíamos y bebíamos allá arriba, bajo las hojas y el cielo, con platos, cubiertos y vasos que subíamos en cestos hasta lo alto de la escalerilla; más tarde nos quedábamos en la perfumada oscuridad, escuchando música y soñando hasta bien entrada la noche... Si miro atrás, fue una época estupenda. Pero de todos ellos, el recuerdo más vívido en mi memoria son los paseos: horas y horas deambulando, paseando y contemplando bajo

el resplandor del mediodía y en las espectaculares noches, Via Sistina, Quattro Fontane, Piazza Navona, Campo di Fiore, Foro Traiano, Tempio di Vesta, Campidoglio, Botteghe Oscure..., exaltada, fundiéndome con el color, el esplendor, la grandiosidad y el tumulto, con el majestuoso batiburrillo de Roma. Durante años viví poseída.

Eso y el trabajo de excavación que era mi libro iban a la par con una vida doméstica agradable, tranquila y afectuosa. Una amiga, Evelyn (Evelyn Gendel), que durante mi reclusión se dedicaba a sus propias investigaciones, mantenía alejados a los intrusos, iba al mercado, hacía de pinche de mi cocina, y, como la monarquía británica, estaba siempre dispuesta a animar, alertar y aconsejar. Era una neoyorquina que, más adelante, se convirtió en una prestigiosa y admirada editora literaria. Por entonces era joven y entusiasta, y estaba ansiosa por conocer la exótica Europa, que intentaba ver con ojos proustianos; pero, sobre todo, era un ser humano admirable, colmado de bondad, buena voluntad y *gentilezza*. Me gusta pensar que aquellos años me hicieron mejor persona. *El legado* está dedicado a ella.

La década de 1950 puede considerarse una época inadecuada para ser feliz (yo lo fui). Para muchos de nosotros fueron años de presagios y temores. La bomba, la Guerra Fría, las guerras que estaban librándose... Para otros supuso un tiempo de alivio y liberación, de desapego (absolución) con respecto al dolor y el inmenso horror de la década anterior: una parte de Europa, más de la que nos atrevimos a imaginar, había sobrevivido y volvía a vivir, y eso, por el momento, era una liberación. A menudo dejábamos de sufrir por lo que, hoy, sabemos que no se puede olvidar: la mayoría de los días, uno conseguía sentirse alegre de nuevo.

Desde luego, a mí no me preocupaba el dinero o, mejor dicho, era una insensata, habida cuenta de las escasas posibilidades que tenía de ganarme la vida en un futuro que se avecinaba amenazador. En un momento dado de mi precaria situación, Allannah Harper (que, si hago un re-

cuento, ha sido amiga mía a lo largo de más de medio siglo) me dio, durante tres años, una parte de sus ingresos; un acto de generosidad que no hay que olvidar, y que me alegro de hacer público ahora. Allannah no gozaba de una posición desahogada, y el hecho de brindarme ese dinero constreñía considerablemente su economía. Ella me proporcionó la paz mental y el tiempo necesarios para escribir mi primer libro (el mexicano, *A Visit to Don Otavio*). Cuando me aceptaron la obra y yo ya estaba embarcada en la escritura de esta novela, habían pasado tres largos años. Fui sensata y conseguí que el dinero me durara, viviendo con sencillez, pero bastante bien (algo que era posible en la Italia de entonces). Siempre pagué el alquiler. Cuando de verdad se terminó el dinero, *Don Otavio* acababa de publicarse y, para mi sorpresa, tuvo una buena acogida, muy buena, aunque esté mal decirlo. Yo no me había planteado gran cosa más allá de la satisfacción de publicar un libro; además, Martha Gellhorn, una amiga de aquella época por la que sentía gran respeto, me había advertido de que, suponiendo que el libro llamase la atención, lo más probable era que se recibiera con cierta indiferencia. (Durante mucho tiempo, Martha menospreció el mundo de la edición.) Cuando, por medio del lento servicio postal italiano, empezaron a llegar en gruesos sobres los recortes de prensa con el beneplácito de Raymond Mortimer y *The Times*, me sentí tan incrédula como complacida. De todos modos, *Otavio* no se vendió. La cubierta era poco atractiva, de color blanco, creo recordar, y con la imagen de un cactus, y el libro estaba repleto de mis errores ortográficos en todos los idiomas que aparecían en él. (La idea de la promoción, a la que entonces no se dedicaban tantos esfuerzos, ni se me había pasado por la cabeza, ni al señor Gollancz tampoco.) Llegaron unos cuantos cheques de derechos de autor y eso me ayudó durante un tiempo, pero luego vinieron meses (y años) en que la novela no consiguió despuntar. Sabiamente, quizá, no dejé que me afectara la precariedad de la situación. No sabría decir cómo salimos adelante. En

una ocasión conseguimos publicar una serie de artículos de cocina en una revista americana, con recetas regionales francesas: *choucroute garnie*, *bœuf à la bourguignonne*, *cassoulet*... Evelyn escribía el texto y yo la receta paso a paso, con insolencia y poca profesionalidad, pues ni siquiera disponíamos de un horno adecuado para elaboraciones tan exigentes. Pero salimos airoosas: fue antes de Elizabeth David (por poco) y, más importante aún para las costumbres norteamericanas, de Julia Child. Y nos pagaron pero que muy bien. (En realidad, yo sí había cocinado esos platos clásicos en más de una ocasión.) Hubo otras épocas de penurias, otras amistades... Una vez, Martha Gellhorn, de la manera más delicada y espontánea posible, sin que yo se lo pidiera, me prestó doscientos dólares que, supuestamente, eran de su madre, la señora Gellhorn, una mujer muy bondadosa, de quien se podía aceptar lo que fuera (los ex maridos de Martha seguían adorándola).

No escribí la totalidad de *El legado* inmersa en la euforia romana, ni mucho menos, pues, como todos los años, pasé una temporada con mi otro gran amor, Francia. En vacaciones, con Esther Murphy Arthur, otra amiga americana, asombrosa encarnación jeffersoniana, fuente de oratoria y erudición, cuyas excentricidades encubrían una naturaleza frágil y tierna. Ella era la «E» que aparece en mi largo periplo mexicano,¹ mi reacia compañera de viaje y el blanco de mis conversaciones. Vivía en el 6^{ème} Arrondissement, Rue Gît-le-Cœur, donde mi sibarita hermanastra se ocupaba de llevar la casa. Allí escribí, en una buhardilla donde me recluía, dado que mi hermana escuchaba Radio Luxembourg todo el día. Disfrutábamos de una vida entretenida y bastante mundana, y en París mi escritura se estancó a menudo, sin que ningún resplandor me guiara a través del túnel. De ahí mis paseos invernales, prácticamente desesperada, atravesando los puentes y recorriendo los muelles.

1. Sybille Bedford se refiere a su obra *A Visit to Don Otavio*.

Después venía un mes en verano, o más, en la Provenza, a unos cuantos kilómetros del Mediterráneo. Nos alojábamos en casa de Allannah, que, por aquel entonces, vivía allí todo el año. Llevábamos una vida marítima de largas mañanas, agua cristalina, barquitas y playas de piedras... Luego me ponía a trabajar durante las horas de la siesta, recluida de nuevo, estimulada por el calor inamovible. Allí, un año (el tercero), el libro pasó por su peor momento. Llevaba ya más de la mitad de la novela escrita cuando todo se detuvo. Dos de los protagonistas se habían casado y se habían ido a vivir a España, eran muy, muy infelices, y yo no sabía cómo hacerlo para que siguieran juntos o se separasen. No sucedía nada. La historia, si acaso existía, estaba velada.

Aquel otoño, ya en Roma, comencé a escribir con fluidez, como si las palabras se esculpiesen por sí solas. En determinados momentos escribía presa de una profunda emoción: el párrafo no surgía del recuerdo o la invención, sino que fluía en la página a través de súbitas visiones y sensaciones. ¿Lo distinguirá el lector? Me gustaría saberlo.

En diciembre estaba muy cansada. Fue entonces cuando Laura Archera —más adelante Laura Huxley, segunda esposa de Aldous— irrumpió en mi vida con su magia. Aldous y Maria habían estado en Roma el verano anterior. Para ella fue la última vez: estaba ya muy enferma y, aunque en cierto modo todos lo sabíamos, nunca hablamos de ello. Laura Archera era una música italiana, bastante joven, que practicaba su propia modalidad de la «dianética» de Ron Hubbard en California. También ella recaló en Roma; los Huxley la tenían en gran estima, y Aldous, de mentalidad siempre abierta, quedó fascinado por sus terapias. No sé por qué, pero tanto él como Maria quisieron que Laura y yo nos conociéramos, y eso hicimos, sobre las baldosas de nuestro terrado —«psicodélico», comentó Aldous, medio en broma, la primera vez que lo vio—. Poco después acabé, en sentido figurado, en el diván de Laura.

Nunca he tenido muy claros los resultados. Convendría recordar que, en aquella época de su vida, Aldous desprendía una inmensa y benevolente autoridad moral. Pensara lo que uno pensara de su esoterismo, la tendencia era apuntarse si él lo sugería.

En Navidad, Laura Archera se hallaba de nuevo en Italia y, siguiendo un impulso, me desplazé hasta Florencia para pasar unas horas con ella. Fue un encuentro extraño y emotivo, provocado tal vez por lo que pronto iba a ocurrirle a Maria (Maria Huxley murió en febrero), un paso instintivo hacia el futuro. Cuando me despedí —temprano, para evitar las nieblas del atardecer—, Laura me dijo que me iba a dar una pastilla que me ayudaría a acabar mi libro. Era una píldora grande, azul y transparente, envuelta en algodón. No se trataba de una droga, me explicó Laura, sino de una especie de vitamina, potente, cuyo efecto se prolongaría durante semanas. Tenía que tomármela con tranquilidad, sentada, con un cuenco de algo caliente, reconfortante y sustancioso.

Una vez en casa, se lo conté a Evelyn y las dos nos asustamos un poco. (Nunca había tomado nada remotamente parecido a una droga.) Al final nos decidimos por unas gachas —habíamos encontrado un poco de avena, que no es precisamente una planta autóctona de Italia— y, sentada, con Evelyn de pie a mi lado, me tragué solemnemente la pastilla, desconcertada, entre la expectación y la duda. Aquel día no ocurrió nada más.

Escribir las últimas cincuenta páginas fue coser y cantar. En enero, el libro estaba terminado. Hubo que mecanografiarlo una vez más, y aproveché para revisarlo. Fue un proceso laborioso. Entonces, Martha Gellhorn, que se iba a Inglaterra, se hizo cargo del manuscrito y de mi futuro, y me dijo que era conveniente que consiguiese un agente. A Martha no le gustó demasiado la novela, pero hizo cuanto pudo por ella. Decidió que había que entregársela a Weidenfeld, su estrella fugaz de aquel entonces. Y, en efecto, convenció a George para que la tomase en consi-

deración. A Sonia Orwell, su influyente lectora en aquel tiempo, tampoco le gustó demasiado. Pero Martha utilizó todos sus recursos. Consiguió también que Elaine Greene accediera a ser mi agente. Aquello sí que fue una buena decisión. Querida, queridísima Elaine... Cuánto se la echa de menos. Caigo tristemente en la cuenta de que casi ninguno de los que he mencionado está ya entre nosotros. A Elaine le gustó la novela; pensó que no era adecuada para Weidenfeld pero, al menos en territorio norteamericano, logró su objetivo. De modo que, llegado el momento, el joven Bob Gottlieb se convirtió en mi editor y yo en la primera autora que editaba por su cuenta. Mi futuro profesional cambió de forma radical.

El año que transcurrió desde la entrega del libro hasta su publicación no fue muy bueno para mí. Reacciones: me sentí exhausta y luego deprimida, y la holgazanería se impuso de nuevo. Yo deseaba escribir algo, pero no podía..., y no lo hacía. Empecé a pensar en marcharme de Roma (adonde me había mudado «para siempre» en 1949), debido a motivos y presiones diversos. También Evelyn, enfrentada a apremiantes obligaciones, pensaba en regresar a Nueva York. En invierno de 1956, yo ya estaba prácticamente viviendo en Londres. En marzo se publicó *El legado* y fue un fracaso. Se recibió, en gran medida, con perplejidad u hostilidad, o bien ambas cosas. (Los críticos del *Third Programme* me acusaron de haber escrito el libro para subirme al carro de la clase media alta. Aquello me dolió, pues nada podía estar más absurdamente alejado de la realidad.) George Weidenfeld tenía sus propios problemas (esposas y Cyril Connolly); me invitó a almorzar en el Ritz en un día malo para él, y estaba manifiestamente triste. De modo que ahí estábamos, sentados a la mesa, junto a la puerta: los dos desanimados, hablando de edición. Creo que tampoco a él le gustaba demasiado la novela. No obstante, luego se portó muy bien conmigo, y realmente bien en el momento de nuestra separación final (organizada por Elaine Greene).

Como he dicho, en Inglaterra *El legado* parecía encaminado al fracaso. Entonces llegó un golpe de suerte. Un amigo de París le pasó un ejemplar a Nancy Mitford, quien le escribió a Evelyn Waugh: «Lee esto». Y éste lo leyó. «He escrito una breve reseña positiva [...] para el *Spectator*», le escribió a Nancy. La reseña, nada breve y no exenta de algunos reproches —errores sobre el dogma católico, una dosis excesiva de Henry James...—, llegaba a una conclusión que yo, siempre tan insegura, ni siquiera habría soñado. Nada de lo que se haya dicho sobre mi obra me ha proporcionado tanto placer. Me ha acompañado toda la vida. «Me he preguntado... —le decía Evelyn Waugh a Nancy— quién podía ser esa brillante “señora Bedford”. Un militar cosmopolita, sin duda, con conocimientos acerca del gobierno parlamentario y del periodismo popular, a quien desagradan los prusianos y agradan los judíos, y convencido de que todo el mundo habla francés en casa.» Pues sí, me identificaba felizmente con ello (salvo por lo de militar).